

Mauthausen, después

*Voces de españoles
deportados*

Mercedes Vilanova

Mauthausen, después

*Voces de españoles
deportados*

CÁTEDRA
HISTORIA/SERIE MENOR

1.ª edición, 2014

Los 186 Peldaños de la Muerte, Campo de Exterminio,
Mauthausen (Austria)
© Age Fotostock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Mercedes Vilanova, 2014
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 7.282-2014
I.S.B.N.: 978-84-376-3286-5
Printed in Spain

A Michael Pollak, *in memoriam*

He de escalar mi propio corazón
como si fuese una montaña

ANGELUS SILESIVS (1624-1677)

Índice

PRÓLOGO <i>por Gerhard Botz</i>	11
1. LAS ENTREVISTAS Y EL RELATO	25
El relato	30
2. EN RUTA HACIA MAUTHAUSEN	37
La retirada	39
Hacia los campos nazis	43
«¡Burro que fuiste allá!»	51
Perfiles biográficos	53
3. SOBREVIVIR	61
La entrada	63
Hablar alemán	66
El encuentro que los salva	68
La cantera: especialistas, peones y amigos	71

La desinfección general del campo	81
El <i>Kommando</i> César	83
La homosexualidad	86
Carmen García, los Poschacher y las mujeres	90
Sobrevivir	94
Amistades, chivatazos y ocio	99
«Si lo hubiera pensado, me habría dejado morir»	105
4. VIVIR DESPUÉS	107
La liberación	112
La hazaña de los españoles	115
Permanecer en el exilio	122
Regresar a España	125
Un trozo perdido de la historia	128
Una reflexión sobre las fuentes orales	139
EPÍLOGO: MANUEL AZAUSTRE	149
PERSONAS ENTREVISTADAS	153
AGRADECIMIENTOS	159
BIBLIOGRAFÍA CITADA	161

Prólogo

GERHARD BOTZ

«Historiar es comprender, interpretar, imaginar». Con estas palabras programáticas concluye Mercedes Vilanova su libro sobre los republicanos españoles en Mauthausen. Con ellas, al mismo tiempo, la autora, *grande dame* de la historia oral española e internacional, parafrasea el principio básico de su trabajo con los supervivientes y otros «testigos de la época» de los terribles pasados de Europa en el siglo xx. Es, al mismo tiempo, un rechazo de ese ciego positivismo histórico, originado en el siglo xix, que todavía hoy acostumbra a aparecer en no pocos reportajes en revistas de colorines y en la televisión y nos presenta, como antítesis de nuestra (idealizada) época actual, ese «otro mundo» de violencia extrema que ha constituido la marca de las dictaduras autoritarias, los fascismos, el nazismo y el comunismo totalitario.

Considerando en retrospectiva la larga historia de la ocultación y el silenciamiento de la implicación que en las dictaduras tuvieron muchas naciones, no solo las «naciones culpables» *par excellence* como Alemania, Austria, Italia y España o Rusia, este proceder resulta hasta cierto punto comprensible, aunque también se asemeja a un «exorcismo del pasado» realizado a través de

los «hechos» históricos. Tras el final de las dictaduras y de las experiencias de violencia ligadas a ellas, se ha eludido durante demasiado tiempo hablar de sus efectos generales en los países de las víctimas supervivientes y sus familiares, tanto más en los de los culpables, cómplices y espectadores. Como única disculpa de estos déficits puede aducirse que se trataba de crueldades inimaginables e inaceptables en Europa hoy, al menos en los primeros cuarenta años después de 1945.

Estos vacíos fueron pronto colmados con simplificadores intentos de explicación, relatos de héroes (de genuina o pretendida resistencia) y excusas de «yo no sabía nada», con discursos de justificación o *double speak* según se hablase en público o en privado. Hubo una supervivencia casi ininterrumpida de las viejas mentalidades e ideologías (que habían generado violencia o no la habían evitado) aquí; un acomodo superficial a la democracia y a la tolerancia, unas profesiones de boquilla de humanidad y respeto a los derechos humanos, un rechazo del nacionalismo extremo allá; y lo uno y lo otro a menudo simultáneamente. En la guerra fría se pudo primero simplemente reacuñar y luego eliminar esas funestas pautas de pensamiento, incluso visto desde ahora es posible quizá decir que algunas de las «mentiras vitales» que las acompañaron fueron realmente necesarias para la reconstrucción de unas estructuras administrativas eficientes, para el gradual resurgimiento de unos partidos democratizados, para la creación de unos fundamentos constitucionales y para el procesamiento de algunos de los peores criminales (no todos). También las construcciones nacionales posdictatoriales y los esfuerzos por la unificación europea, en lo bueno y en lo malo, se han podido basar en ellas. Hoy podemos preguntarnos si precisamente los efectos secundarios de estas maneras de superar la dictadura, en muchos casos verdaderamente logradas (en parte), no han empezado a retornar de nuevo.

Lo que se puede conjeturar para las grandes «imagined communities» (B. Anderson), las naciones, es aplicable tal vez aún más

a los niveles individuales y microniveles de las sociedades actuales. Y es que parece que construir esos camuflajes del pasado es *preciso* también para el propio yo, las familias o las pequeñas comunidades respectivas a fin de posibilitar o al menos facilitar una existencia posterior, ante diversas acusaciones, exclusiones o discriminaciones (enormemente injustas) en unas patrias que han devenido extrañas y en ocasiones hacen recordar como un sucedáneo de patria hasta los barracones de los campos de concentración conservados. Por ejemplo, Manuel García-Barrado permaneció después de 1945 como empleado, casi hasta su muerte, en el campo de Mauthausen convertido en lugar de la memoria.

Los ineludibles recuerdos, en la vigilia o en el sueño, toparon rápidamente, en los demás y en el propio yo, con unas barreras difíciles de franquear, las «fronteras de lo decible» (M. Pollak)¹. Con harta frecuencia, los perseguidos se han visto (y se ven) expuestos a la ilusión estandarizadora de unos rigurosos «vigilantes del (correcto) recuerdo», de una degradante reducción al mero hecho de ser una víctima, cuando no a las miradas, locas por la historia, de impúdicos *voyeurs* del comercializado mundo de los medios de comunicación; al ser personas quebrantadas, no pudieron oponer nada a ese hecho durante mucho tiempo, aparte quizá de organizarse en las necesarias y al mismo tiempo problemáticas asociaciones de intereses y *amicables*. Solo cerca del final de su vida ha hallado la generación de los supervivientes cada vez más la fuerza y el reconocimiento social para hablar sin protección ni patetismo de las heridas que les fueron infligidas y de sus incertidumbres morales, pero asimismo de los episodios de su modo de seguir siendo humanos, y también para no ocultar sus fracasos.

Incluso escritores que han batallado por mostrar una inflexible franqueza, como Primo Levi, Jorge Semprún, Ruth Klüger,

¹ Por primera vez, Michael Pollak, *Grenzen des Sagbaren*, Frankfurt am Main, 1988.

Imre Kertész o Günter Grass, tuvieron que luchar largo tiempo hasta lograr —en la mayoría de los casos tardíamente— expresar con palabras lo experimentado o para atreverse a presentarlo al público. (Las generaciones posteriores, por ejemplo de artistas de vídeo o documentales, parecen encontrar en sí mismas y en su entorno y utilizar un terreno ya preparado para realizar aproximaciones esclarecedoras y creativas a unos temas excesivamente convertidos en tabú).

Muchos historiadores esquivaron igualmente el tema o se quedaron largo tiempo en generalizaciones y a menudo se sometieron a los «relatos maestros» de una immaculada historia nacional, de la heroica resistencia, de la desinteresada actitud servicial mostrada por opositores políticos (en su mayoría comunistas) o de una indiferenciada condición de víctimas. Solamente tras un periodo de latencia de una década se desarrollaron unos intentos historiográficos capaces de satisfacer los criterios e intereses actuales, también y no en último término a través de la historia oral y la historia de la experiencia. Mientras que en los temas, todavía más arduos, de la «historia de los culpables», por ejemplo en Alemania, España, Camboya, Ruanda o Argentina, no se ha hecho más que empezar a ahondar empírica e intelectualmente, las víctimas de las dictaduras europeas se encontraron y se encuentran desde hace más tiempo en el foco de un interés «comprensivo» y escrutador que experimentó un nuevo impulso a partir de los años noventa con las exigencias de compensación por parte de los supervivientes del Holocausto y sus descendientes. Por un lado se construyeron de nuevo, precisamente por ello, unas imágenes ideales de la «víctima», pero por otro se reconoció también sucesivamente como víctimas a otras categorías de perseguidos hasta entonces oscurecidas². Esto ha dado origen a una cierta «competición entre víctimas» por el reconocimiento simbólico

² Véase Melanie Dejnega, *Rückkehr in die Außenwelt*, Viena, 2008.

y material y ha inducido a algunos a pasar falsamente por testigos presenciales y «víctimas». Por esa razón, «casos» como los de Enric Marco y Antonio Pastor, según propone aquí Mercedes Vilanova, no deben quienes son más jóvenes interpretarlos desdeñosamente como un problema moral o como impostura consciente, sino como consecuencia de la autoinclusión —que para ellos se ha hecho necesaria— en las rígidas y estrechas imágenes sociales de un pasado que ha seguido siendo indecible.

Como especialistas en historia oral y como sociólogos de la historia nos hallamos hoy —afortunadamente— ante una espesura, todavía poco menos que impenetrable, de variadas y contradictorias experiencias de supervivientes, experiencias que formaron —y siguen formando— estratos de pasado que se han ido acumulando constantemente, y así será mientras nuestros principales testigos de estas sombrías historias puedan hablar directamente con nosotros. En este libro se ha logrado reproducir esta polifonía en el diálogo con los postreros supervivientes y hacer perdurar con empatía sus relatos en toda su subjetividad e inherente inexactitud, y al mismo tiempo analizarlos científicamente: un libro edificado sobre un gran proyecto de historia oral que únicamente se ha podido realizar en los primeros años del siglo XXI y sobre el que volveremos más adelante; hoy ya no se podría llevar a efecto al haber desaparecido la mayoría de los supervivientes.

Por eso no hay que olvidar nunca algo que el italiano Primo Levi, superviviente de Auschwitz, formuló de una manera más incisiva que los demás y en nombre de ellos. Los supervivientes han sido siempre una pequeña y «anormal» minoría. Escribe Levi, en referencia sobre todo a los supervivientes judíos, los más radicalmente afectados por la política de aniquilación nazi: «Somos aquellos que por sus prevaricaciones, su habilidad, o su suerte, no han tocado fondo. Quien lo ha hecho, quien ha visto a la Gorgona, no ha vuelto para contarlo, o ha vuelto mudo [...]».

Son ellos [...] los hundidos, los verdaderos testigos [...] nosotros la excepción»³.

De los 7.200 prisioneros españoles en el campo de concentración nazi de Mauthausen, 5.000 murieron en él y solo unos 2.200 vivieron lo bastante para ser liberados; únicamente una pequeña parte de ellos vivían aún al empezar el siglo XXI, y de estos 28 fueron entrevistados por Mercedes Vilanova, que hizo de ellos la base de su historia. Esta comunidad en la desgracia, denominada los «rojos españoles» en la terminología nazi y etiquetada con un distintivo especial —un triángulo azul—, constituía un grupo definido por la lengua, la buena formación, las particularidades culturales y los antecedentes políticos, un grupo relativamente homogéneo, en modo alguno «representativo» de todos los prisioneros⁴.

Para comprender históricamente la supervivencia de los republicanos españoles en Mauthausen es útil dilucidar primeramente la dimensión misma del sistema de persecución en que se les forzó a entrar a partir de 1940. En el campo de concentración de Mauthausen, levantado junto a una cantera en Austria Superior poco después de la «anexión» de Austria a la Alemania nazi y que en el transcurso de la guerra creció hasta convertirse en un inmenso archipiélago formado por más de 50 campos, fueron internadas entre 1938 y 1945 más de 190.000 personas en total. Predominaban los hombres, procedentes de casi toda Europa; en los últimos meses hubo un número creciente de mujeres (en total unas 10.000). De todos ellos, más de 90.000 fueron asesinados o perdieron la vida de otro modo⁵. Desde un

³ Primo Levi, *Los hundidos y los salvados*, traducción de Pilar Gómez Bedete, Barcelona, Muchnik, 1995, págs. 72-73.

⁴ Véase también David Wingeate Pike, *Espanoles en el Holocausto: vida y muerte de los republicanos en Mauthausen*, traducción de Enrique Benito, Barcelona, Debolsillo, 2004.

⁵ Andreas Kranebitter, «Zahlen als Zeugen (Manuskript)», en Gerhard Botz, Regina Fritz y Alexander Prenninger (eds.), *Europa in Mauthausen*, vol. 1, Viena, 2015.

principio, este campo fue planificado como un lugar para apresurar la muerte y la directa aniquilación de internos juzgados especialmente peligrosos o «poco valiosos»⁶, pero al cambiar el curso de la guerra en perjuicio del Tercer Reich pasó a primer plano la necesidad de mantener la capacidad de trabajo de los internos para utilizarlos como trabajadores esclavos y alquilarlos a fábricas de armamento privadas.

El conjunto de los prisioneros de Mauthausen y de la mayoría de los campos de concentración nazis no era en absoluto homogéneo sino que, debido a la historia de expansión y persecución del Tercer Reich, por lo general se les arrojaba allí al azar. Únicamente a la mirada del sociólogo, que trata de entender, puede presentarse como una estructurada «sociedad de prisioneros»⁷. Sin embargo, no se caracterizó exclusivamente por el terror y el total control directo de las SS⁸, aun cuando la violencia siempre estuvo estructural y físicamente presente; en todo momento era posible morir y ser asesinado. No obstante, las cosas eran, probablemente, del todo distintas para ciertas categoría de internos como, por una parte, los «prominentes» del campo (los *Kapos*), sus ayudantes y amigos y los «privilegiados», y, por otra, los llamados «parias», el estrato más bajo de los «prisioneros normales». La tasa de mortandad variaba asimismo dependiendo de los periodos y de los *Kommandos*; fue especialmente elevada en torno a 1942 y de nuevo en la etapa final del

⁶ Bertrand Perz, «“Vernichtung durch Arbeit” im KZ Mauthausen (Lager der Stufe III) 1938-1945», en Hermann Kaienburg (ed.), *Nationalsozialistische Konzentrationslager 1933-1945*, Berlín, 2010, págs. 89-104.

⁷ Maja Suderland, *Ein Extremfall des Sozialen*, Frankfurt am Main, 2009; véase también H. G. Adler, *Der verwaltete Mensch*, Tubinga, 1974.

⁸ Simplificando el gran proyecto general de Michel Foucault en su libro *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, traducción de Aurelio Garzón del Camino, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012; aplicado a los campos de concentración en Wolfgang Sofsky, *Die Ordnung des Terrors*, Frankfurt am Main, 1993.

campo, y de modo general en el cercano campo gemelo de Gusen y en la cantera, donde hallaron la muerte numerosos españoles⁹, pero también existían *Kommandos* de relativa seguridad (como la cocina), donde los internos podían sentirse hasta cierto punto seguros y gozaban de ventajosas oportunidades de supervivencia.

Es asimismo falsa la imagen durante mucho tiempo descrita —sobre todo por las organizaciones políticas de supervivientes— de una comunidad solidaria de prisioneros dirigida por los comunistas internacionales, que opusieron resistencia a las SS y lograron salvar a muchos compañeros en especial peligro. Se trata de un idealización que solo parcialmente se corresponde con la realidad del campo. En la mayoría de las ocasiones era preciso comprar la salvación de uno a cambio de la muerte de otro. Las realidades de Mauthausen y Buchenwald, por ejemplo, se ajustan más bien a una «sociedad de lobos» en la cual existían el hurto, el robo de alimentos, las reyertas y el homicidio incluso entre internos. Las redes de los «*Kapos* rojos»¹⁰ tenían una cierta función estabilizadora en un mundo como Mauthausen; allí «todo estaba prohibido, y al mismo tiempo todo estaba permitido», según el punto de vista desde el que se mirara¹¹. Pero la mayoría de las veces su solidaridad no se extendía a prisioneros de otras orientaciones políticas. Los internacionalistas nominales, con frecuencia alemanes, practicaban en interés de sus propios fines el «trueque de víctimas» implícito *de facto* en la lógica inhumana del sistema concentracionario, y su rama española prosiguió en el campo de concentración la lucha contra los anar-

⁹ Michel Fabréguet, *Mauthausen*, París, 1999.

¹⁰ Lutz Niethammer, *Der «gesäuberte» Antifaschismus*, Berlín, 1994, páginas 42-59.

¹¹ Manuel Azaustre, cit. en Mercedes Vilanova, «Überleben in Mauthausen», en Gerhard Botz, Regina Fritz y Alexander Prenninger (eds.), *Europa in Mauthausen*, vol. 2, Viena, 2015.

quistas, ya iniciada en la guerra civil. No era muy diferente lo que sucedía con los grupos que se definían por su nacionalidad —checos, polacos, etc.—, cuyos miembros a menudo se mantenían estrechamente unidos entre sí pero libraban contra grupos de otras nacionalidades una guerra permanente por el poder y la supervivencia, una guerra que las SS no solamente consentían sino que con frecuencia fomentaban. (Parece que los franceses fueron los primeros en estar dispuestos a mostrarse solidarios con internos de otras nacionalidades, sin duda al menos con sus camaradas españoles).

Pero los prisioneros podían disponer asimismo, aunque fuese mínimamente, de un margen de maniobra y posibilidades de *agency*; había cooperación y confianza mutua dentro de pequeños grupos —comunidades con un propósito común, tandems homosexuales o «sucedáneos de familias»— que podían ser decisivos en última instancia para la supervivencia. Cuanto antes lograra uno orientarse en las condiciones inhumanas del campo de Mauthausen y entablar relaciones, mejores oportunidades de sobrevivir tendría. Por tanto podría ser útil reconocer que, como dijo Joaquín López-Raymundo, «el mundo de los prisioneros de Mauthausen es igual que el mundo exterior».

Para los internos, este «mundo de Mauthausen» estaba aislado del mundo exterior por muros, alambre de espino, torres de vigilancia y cordones de centinelas, pero también por las barreras del idioma, el desconocimiento de la ubicación geográfica, el uniforme de preso (de rayas) y la actitud de los pobladores de la zona, generalmente adversa. Sucedió así que los internos raras veces aprovecharon las ocasiones de fuga, además de que sabían que estaban sentenciados, como lo sabían los prisioneros soviéticos del barracón de la muerte en febrero de 1945, los cuales tuvieron que aventurarse a hacer un desesperado intento de evasión que acabó en la cínicamente denominada «caza de liebres en Mühlviertel». Otros presos, como los españoles —uno de los cuales, Francisco Boix, incluso consiguió sacar de contra-

bando fotografías originales de las SS y legarlas a la posteridad¹²—, tenían en ocasiones la posibilidad de traspasar, sobre todo cuando realizaban trabajos directamente para las SS, unos límites herméticamente cerrados para las mayoría de sus compañeros.

Pero también la población civil de esta región austriaca mantenía un intercambio con el mundo del campo de concentración, por ejemplo cuando los agricultores vecinos acudían de lugares lejanos los domingos para una «visita al campo», o a aprovisionarlo de patatas, despojos de carne y otros comestibles de escaso valor, y a cambio quizás hacían que médicos presos les ajustasen las piezas dentarias de oro. En las tabernas rurales y en los alojamientos se encontraban también con los hombres de las SS, algunos de los cuales se casaron con muchachas de la zona y después de 1945 volvieron por allí con ellas repetidas veces a visitar a sus parientes. Cierto es que en Mauthausen apenas había prisioneros austriacos, pues las SS consideraban este campo demasiado duro para los «presos políticos de la Ostmark (Austria ocupada)» normales, y además se trataba de comunistas vieneses de lengua checa, como Hans Maršálek, que escribió la historia del campo y después de 1945 fue director del lugar de la memoria¹³.

Aunque los edificios del campo de concentración eran visibles a gran distancia, muchos austriacos de los alrededores más o menos próximos estuvieron mucho tiempo sin querer acordarse de nada. Ni siquiera jóvenes historiadores de la época como yo conocíamos del campo de Mauthausen otra cosa que la «escalera de la muerte» de la cantera, convertida en símbolo de la política de aniquilación nazi, y en mi caso esta situación se prolongó durante años hasta que en 1968 empecé a trabajar

¹² Benito Bermejo, *Francesc Boix, el fotògraf de Mauthausen*, Barcelona, 2002.

¹³ Véase Hans Maršálek, *Die Geschichte des Konzentrationslagers Mauthausen*, 4.ª ed., Viena, 2006.

como profesor ayudante en la vecina Universidad de Linz, a visitar con alumnos el lugar de la memoria de Mauthausen al menos una vez al año y pronto, animado por el innovador historiador aficionado Peter Kammerstätter, a entrevistar a antiguos internos y a gente de la región. Mientras que para la mayoría de los historiadores austriacos Mauthausen permaneció hasta la década de los ochenta al margen de sus intereses y se han investigado como mucho los documentos de las SS, para alguien como yo, hijo de una familia «típicamente austriaca» de «pequeños nazis»¹⁴, Mauthausen y sus internos pasaron a constituir un foco de permanente interés político y científico. Por tanto, no fue del todo casual que, siendo profesor en Salzburgo en los noventa, me llegase la invitación del Ministerio de Interior (entonces bajo dirección socialdemócrata), que tiene la competencia de gestionar los lugares de la memoria y el Museo de Mauthausen, para elaborar un borrador de reforma¹⁵. Tras ser concluido, dicho borrador se quedó en un cajón durante años, junto con una propuesta urgente de realizar sistemáticas entrevistas históricas orales y en vídeo, y no volvió a ver la luz hasta que Ernst Strasser, ministro de Interior del Gobierno «negriazul» (nacional-conservador de 2000 a 2006), lo recuperó con objeto de desinflar un tanto la crítica internacional contra este Gobierno de centroderecha.

De este modo se me ofreció, por así decirlo en el último momento antes de que desaparecieran los postreros testigos de la época, la posibilidad de llevar a cabo entre 2001 y 2003 junto con Helga Amesberger, Brigitte Halbmayr y Christine Schindler, tras una convocatoria internacional sin injerencias políticas,

¹⁴ Gerhard Botz, «Nazi, oportunista, “cazapartisanos”, víctima de guerra. Retazos de memoria y pruebas documentales de mi padre: reflexiones autobiográficas», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 42.1, 2009, págs. 5-32.

¹⁵ Véase Jiří Pešek y Nina Lohmann, «Im Ausland wird man sich der eigenen Identität bewusst», en Jiří Pešek, Oliver Rathkolb *et al.* (eds.), *Österreichische Zeitgeschichtsforschung heute / Dnešní Rakouský výzkum soudobých dějin*, en prensa.

un gran proyecto internacional: el MSDP¹⁶. Pudo apoyarse sobre todo en la red de la International Oral History Association y en las personas que dirigían los subproyectos en 18 regiones de Europa, Israel y Estados Unidos. Mercedes Vilanova formó parte desde un principio del núcleo de este proyecto. Básicamente en proporción a la composición nacional de la «población reclusa» total, se preguntó a 860 supervivientes siguiendo un hilo conductor común y en sus respectivas lenguas habituales; las entrevistas biográficas resultantes fueron registradas y depositadas en el Archivo del Lugar de la Memoria de Mauthausen en el Ministerio de Interior de Viena.

En relación con ello y en parte para aprovechar este valioso material de fuentes, mi equipo y yo pudimos llevar a efecto en el Instituto Ludwig Boltzmann de Ciencias Sociales otros dos proyectos: la exposición de vídeo *Mauthausen erzählen – Narrating Mauthausen* [Narrar Mauthausen] entre 2003 y 2013 en el Lugar de la Memoria, y, después de una búsqueda más prolongada de financiación adecuada, un gran proyecto de investigación, patrocinado sobre todo por el Fondo para el Futuro, dotado por la República de Austria y salido del remanente de las indemnizaciones de los trabajadores forzados: el «Mauthausen Survivors Research Project-MSRP»¹⁷. Se encuentra en su fase final una

¹⁶ Un informe sobre el MSDP, dirigido por Gerhard Botz en cooperación con el Instituto para la Investigación de Conflictos, Viena, y el Archivo Documental de la Resistencia Austriaca en Viena, véase Gerhard Botz, Brigitte Halbmayr y Helga Amesberger, «Das “Mauthausen Survivors Documentation Project”. 860 lebensgeschichtliche Interviews mit Mauthausen-Überlebenden», en *Bios – Zeitschrift für Biographieforschung und Oral History*, vol. 16/2, 2003, págs. 297-306.

¹⁷ Gerhard Botz, Regina Fritz y Alexander Prenninger, «Mauthausen überleben und erinnern. Ein Bericht aus dem “Mauthausen Survivors Research Project” (MSRP)», en *Jahresbericht 2009 der Gedenkstätte Mauthausen*, Viena, 2010, págs. 39-48; véase también Katarzyna Madoń-Mitzner, *Errettet aus Mauthausen*, Varsovia, 2010.

extensa historia general, con Regina Fritz y Alexander Prenninger, sobre la vida y la supervivencia de los prisioneros de Mauthausen, basada en sus experiencias y recuerdos¹⁸.

El libro de Mercedes Vilanova que aquí presentamos es la primera historia surgida de este conjunto de proyectos. Es un sensible y fascinante diálogo con los relatos polifónicos de los supervivientes y al propio tiempo un análisis del microcosmos de los republicanos españoles en Mauthausen, de cómo fueron a parar al peor campo de concentración nazi y de su regreso a España, que llegarían a realizar solo algunos de ellos o únicamente tras el fin del régimen de Franco.

¹⁸ En preparación, Gerhard Botz, Regina Fritz y Alexander Prenninger (eds.), *Europa in Mauthausen. Die Geschichte der Überlebenden eines nationalsozialistischen Konzentrationslagers in Österreich*, 3 vols., Viena, 2015-2016.

1

Las entrevistas y el relato

Buceo en mar abierta y recuerdo las palabras de Vicens Vives: «en el archivo es donde se aprende a historiar». ¿Acaso el mar guarda secretos desde hace milenios? Donde nado es profundo y no alcanzo a ver el fondo, cuando otra advertencia de Vicens aparece: «Solo deben hacerse preguntas que tengan respuesta». ¿Qué hago, pues, encarada a un fondo que no atisbo? Imperturbable permanezco incapaz de moverme, con la vista puesta en ese azul que engulle los rayos del sol de mediodía. Algo similar siento cuando revivo las conversaciones con personas que estuvieron en los campos nazis, escucho sus palabras, las transcribo con ánimo de comprenderlas, pero me resultan impenetrables como el azul del océano.

Otras palabras del maestro resuenan ahora: la historia es cronología y punto. Dejo, pues, de atisbar lo que no comprendo y diligente me aplico a reconstruir las hazañas que los supervivientes me han contado. En grupo es como si no tuvieran faz, como si fueran voces anónimas o bocas sin nombre, porque explican las mismas peripecias con palabras idénticas. Contemplados uno a uno, son rocas que destacan desde el fondo de sus conciencias, son árboles solitarios olvidados en lugares poco regados, son presencias que conmueven. Lentamente diseño sus

perfiles biográficos y me asombra que después de lo que dicen sigan ahí; en su día hablé con ellos con mis ojos atentos a los suyos, mi alma vacía de lo mío, el corazón cercano y los oídos bien abiertos.

Al regresar a casa después de haberles encontrado, el desánimo me abatía y tardaba horas, a veces días, en reaccionar; entonces pensé que el desfallecimiento se debía al peso de lo que había escuchado. Ahora sé que no me venció lo que dijeron, más bien fue lo contrario, fue lo que callaron, lo que ocultaron y que ni ellos sabían o habían olvidado, bloqueado. Ese fue el muro que no atravesé, el silencio que quiso derrotarme, la frontera que no crucé, y no me enteré de cómo se vive después del infierno del que me hablaron; quizá escuché como quien al filmar hace un barrido y graba lo dicho, sin más.

Fui a verlos sin prever que nunca volvería a ser una historiadora de a pie aferrada a los documentos, pues al penetrar en los campos de la mano de sus víctimas emergieron interrogantes que reorientaron mi manera de hacer y de mirar. Al buscarles no pensé si estaba o no preparada para acoger paisajes a veces paralizantes por la hipnosis que provocan las imágenes mil veces repetidas del horror nazi. Estúpidamente creía que me justificaba mi experiencia profesional, porque las personas que iba a entrevistar surgieron de las entrañas de una república pequeñoburguesa que intentó democratizar España, y de una revolución social con trasfondo anarcosindicalista que quiso cambiar el mundo: a esas gentes y esos temas los conocía bien¹.

¹ Mercedes Vilanova, *Las mayorías invisibles: explotación fabril, revolución y represión*, Barcelona, Icaria, 1995; *Voces sin letras: analfabetos en Baltimore*, Barcelona, Anthropos, 2005; *The Fourth World: Baltimore Narratives, 1990*, Estambul, Boğaziçi University Publications, 2005; «Anarchism, Political Participation, and Illiteracy in Barcelona between 1934 and 1936», *American Historical Review*, febrero de 1992; y «Oral History and Democracy: Lessons from Illiterates», en Donald A. Ritchie (ed.), *The Oxford Handbook of Oral History*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

Durante décadas me había sumergido en las historias de personas que quisieron pasar desapercibidas, mujeres y hombres invisibles para la historia escrita, había topado con abismos anónimos difíciles de sortear, había vislumbrado matices de las «voces sin letras» de las personas analfabetas y me había aproximado a ese protagonismo, a veces engañoso, de la militancia que pretende que la historia fue como ellos la desearon y como quieren que la relate yo; tras tantos años de estar en el tajo, ¿cómo era posible que no estuviese preparada?

Pensar que podía llevar a buen puerto esas entrevistas fue una inconsciencia, aunque esa ignorancia resultó ser un acierto, pues no tuve la astucia de usar una mirilla para dar en la diana. Los diálogos que mantuvimos sin hipótesis precisas fueron como vuelos de pájaros que abrazan desde lo azul, vuelos que no acogen voces de mujeres, pues en Mauthausen hubo pocas, y quizá ninguna fue española o, en cualquier caso, yo no he sabido encontrarlas. Ellas habrían aportado otro humor y clima, habrían abierto ventanas como hicieron las prisioneras de Ravensbrück y como me explicó Neus Català: «En el campo todo lo hacíamos riendo porque riendo te olvidabas del mal y hacías que las otras también rieran». Ellos, como mucho, contaron chistes, pero ipso facto comentan que no se reían: ¿será cierto?

Sin darme cuenta actué como la submarinista que había sido, no como la historiadora que pretendía ser, y las experiencias de mi juventud resurgieron sin avisar. Instintivamente supe que en la prudencia iba la vida, que no debía ir al fondo de las conciencias, ni dejar que la ausencia de gravedad me hiciera perder el norte, porque al escuchar con pasión como yo hice, la magia se quiebra si hay precipitación por oír, averiguar, saber. Cuando no sopla una brizna y el silencio no habla, la ausencia de comunicación desarbola a cualquiera, y afortunadamente eso no ocurrió, eso se lo debo al mar.

Las fuentes orales conducen a caminos insólitos, nunca sabes dónde llevan. Me enseñaban fotos como atajos para que captara